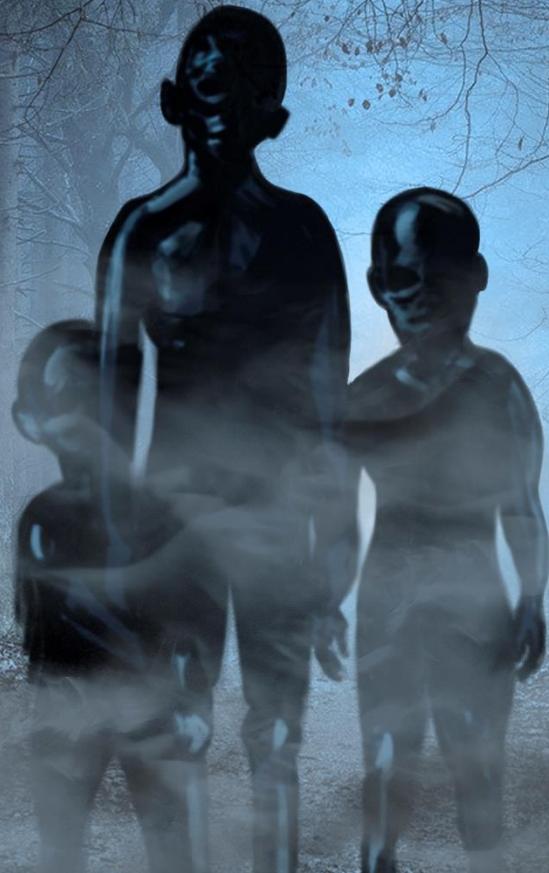


FREIS

LOS COROS DEL LLANTO



VERÓNICA MONROY

FREIS

LOS COROS DEL LLANTO

VERÓNICA MONROY ROMERAL

Título: *Freis. Los Coros del Llanto.*

©2018, Verónica Monroy Romeral

Primera edición: julio de 2018

Segunda edición: marzo de 2021

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

El llanto es un arma poderosa. Abla la alma del débil, que sucumbe a la mentira piadosa de ayudar, muchas veces, a quien en realidad quiere aprovecharse.

La bala estalló el cráneo de aquel crío como un globo con un sonido corto y seco. Los padres, acojonados, temblaban como flanes en un rincón del salón. Estaba seguro de que sabrían que no habría otra solución salvo esa y, en cierta forma, iban a respirar tranquilos, aunque perdieran la poca cordura que les quedara. Guardé la CZ-75, me estiré las solapas de la gabardina de cuero y me acerqué al cuerpo que, al igual que un saco, yacía desplomado en el parqué, tiñéndolo de sangre. El color de la piel había adquirido su tono normal, signo inequívoco de que el ente que se había apoderado de aquel desgraciado había perecido junto a la carne de la que se había adueñado.

—Este lugar ha quedado limpio —mencioné sin inmutarme por los llantos de la madre del chaval.

Después, me dirigí a la puerta de la entrada, la abrí en silencio y, con una ligera inclinación de cabeza, me despedí.

—Buenos días.

Fuera, tras la verja de hierro del chalé, me esperaba Xion, el colega que me daba los chivatazos sobre posibles avistamientos de demonios en el territorio español. Se encontraba con la espalda apoyada, los brazos cruzados y daba largas caladas a un cigarrillo consumido. Aún sigo sin comprender cómo puede gustarle aspirar esa porquería humana. Cuando me vio salir, sus ojos negros se iluminaron y me dedicó una sonrisa triunfal.

—He oído el disparo —carcajeó con el cigarro aún en los labios—. ¿Era uno de los gordos?

—Era un puto espíritu maligno mediocre —me quejé con desgana—. Típico, niños tontos que juegan a lo que no deben, la mala suerte que hace que una de estas garrapatas se dé cuenta, la consiguiente posesión, junto a la negación de los padres, pensando que su «bebito» tiene problemas de *bullying* en el colegio y, cuando se dan cuenta de la realidad, ya es demasiado tarde.

—¡No jodas! ¿Te has cargado al crío?

—El ente ya se había apoderado de él por completo. Fue imposible sacarlo porque ya eran uno. Créeme, cuando esos infelices vieron cómo la boca de su hijo se abría y le llegaba casi hasta el pecho, en el fondo, se alegraron de que le metiera el balazo.

—Menuda mierda —espetó Xion y tiró lo que quedaba del cigarrillo—. Por lo que se comentaba, creí que, en realidad, estaríamos ante un aliado de alguno de los «rebeldes».

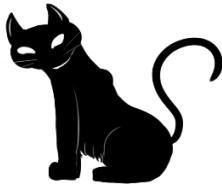
—Hablar en lenguas muertas y acosar a una familia no te hace un demonio. Tú deberías saberlo mejor que nadie. —Localicé la moto de gran cilindrada que había dejado estacionada en una acera, me coloqué las gafas de sol y comencé a caminar—. Llama a la policía y a los servicios médicos. Esos dos pasarán una buena temporada en el psiquiátrico.

—¿Desde cuándo te preocupas tanto por los humanos?

—Desde que me vi obligado a tener que convivir con ellos y fingir normalidad hasta que al jefe le dé la gana de dejarme regresar.

Xion sonrió con guasa, sacó su móvil y alzó una mano conciliadora. Yo arranqué la moto, la dejé calentar unos segundos y salí de aquella zona residencial. Había concluido otro trabajo que no serviría para nada.

CAPÍTULO 1



Aparqué la moto en la Calle de la Abada de Madrid. Allí se situaba el ático en el que residía desde hacía unos cinco años. Los demonios, al ser imperecederos por naturaleza, teníamos que cambiar continuamente de vivienda, puesto que, que un vecino se mantenga joven, sin cambios visibles en su aspecto durante, por un suponer, treinta años, es algo que huele a raro desde lejos. Madrid, en la actualidad, era la ciudad por la que me movía, pero he vivido en otras importantes de España como Sevilla, Santander, Barcelona... e, incluso, en pequeños y recónditos pueblos. También he disfrutado de las grandes urbes de Europa, de América y de Asia, pero siempre regresaba a España como lugar de residencia permanente, me agrada el clima y me río bastante con sus costumbres.

El último caso fallido lo había resuelto en una zona residencial en la periferia de la urbe, por lo que no tardé demasiado en llegar a casa, aunque el tráfico en esta ciudad es estresante. Pero, bueno, ¿qué suponen veinte minutos más cuando se es un asiduo a la longevidad del tiempo? Acababan de dar las cuatro de la tarde y la gente terminaba de comer, se tomaba un café o se predisponía a echarse a la siesta.

Me acerqué al portal girando las llaves alrededor del dedo índice, lo abrí y me dispuse a subir las escaleras. Aquel edificio, antiguo, probablemente del siglo XIX, constaba de cinco pisos y no tenía ascensor. No es que me supusiera un gran esfuerzo subir escaleras, pero allí todos sabían cuándo salías y regresabas. Muy molesto para cualquiera que fuera «normal». En cambio, yo tenía mis truquillos.

—¡Buenas tardes, Freis! —La puerta del cuarto B se abrió y, tras ella, apareció Eulalia, una anciana septuagenaria que afirmaba hablar con los muertos.

En realidad, aquella mujer sí podía comunicarse con las almas que no habían pasado a la dimensión que los humanos llaman comúnmente «otro lado» o «la luz». Sin embargo, sus congéneres gilipollas la trataban de loca y, en más de alguna ocasión, habían intentado internarla en un psiquiátrico. Aun así, y, a pesar de que yo no buscaba espíritus con el mismo ahínco que a otros de los míos, me resultaba muy útil, ya que se tragaba como agua los programas que hablaban de esoterismo y leía con avidez revistas de estos temas. Muchas de las ánimas corrompidas por el mal tienen detrás algún demonio que las utiliza para sus propios propósitos y, aunque en la mayoría de ocasiones no se trata más que de posesiones de ignorantes o casas encantadas, a veces pescaba a un pez gordo. Eulalia, al ser el único que no la trataba como a una chiflada sin valor en aquella mísera sociedad, me contaba todo lo que descubría y me proporcionaba buena información para comenzar a tirar de un hilo que, incluso, ella desconocía. La anciana no tenía ni idea de con quién hablaba en el rellano de su puerta, pero con la fibra óptica que le contraté y las clases exprés de informática que le había dado —reconozco que con un poco de ayuda de mis habilidades demoníacas—, no hacía preguntas y se pasaba casi todo el día viendo artículos y vídeos paranormales en el ordenador. Colaboración por un bien común, en definitiva.

—Buenas tardes, Eulalia. ¿Cómo le va hoy?

—Los muertos me dicen que una sombra oscura te envuelve, muchacho. No habrás estado haciendo nada raro, ¿no?

—«¡Ea, sin medias tintas, como siempre!». No, Eulalia. Soy un buen chico... Ya me conoce. ¿Qué le dicen sus muertos?

—Que tengas cuidado. —Los oscuros ojos de la mujer se ensombrecieron tras los cristales de sus gafas de culo de botella—. Se escuchan lloros a tu alrededor iy gritos!

—«Qué curioso... Ojalá eso signifique que pronto tendré acción de verdad». Tendré cuidado, lo prometo. Eso sí... ¿Podría informarse más sobre eso que me cuenta? Me deja un poco preocupado.

La mujer miró a ambos lados de la escalera con un rápido giro de cabeza y, tambaleándose como un enano, se acercó a mí, me golpeó el pecho con el dorso de la mano y susurró:

—¡Eso está hecho!

Luego, sin decir más, se metió de nuevo en su casa y yo seguí mi silenciosa y solitaria ascensión hasta el ático A.

Nada más abrir la puerta de mi apartamento, me descalcé de las grandes y pesadas botas de cuero que siempre solía llevar. Me gustaba sentir el tacto del frío suelo en los pies. Luego, me quité la gabardina, la colgué en el perchero y me dispuse a echarme un rato en el sofá, no sin antes dirigirme a la cocina y meter una cápsula de capuchino en la cafetera. Cuando el café estuvo listo, lo dejé en la mesita y me dejé caer en el sillón alargado con un sonoro golpe para después colocar las manos detrás de la cabeza. No es que me encontrara especialmente cansado, pero sí me sentía decepcionado. Xion había estado insistiendo durante un par de semanas sobre el caso de aquel crío. El hecho de que el ambiente en aquella zona se hubiera tornado oscuro y nuboso durante esos días le había convencido de que podíamos estar ante uno de los nuestros. Aunque he de reconocer que incluso yo llegué a pensar que así era al ver la atmósfera tan cargada, la realidad, al final, resultó bien distinta. Parecía como si en aquellos diez años los humanos hubieran dejado de intentar contactar con demonios o estos hubieran dejado de interesarse por sus almas... Cosa que dudo, pues no me era indiferente cierta perturbación creciente en la energía negativa que pululaba por la dimensión humana.

No obstante, al principio, no me costaba tanto encontrarme a otros, puesto que los humanos poseían una tendencia natural a llamarnos para conseguir lo que ellos, por sí mismos, no eran capaces de lograr. Sin embargo, los nuevos avances tecnológicos y descubrimientos que habían realizado en los últimos tiempos, habían favorecido a que su malicia e inquina natural se estuviera desarrollando de una manera más sofisticada, por lo que, poco a poco, empezaron a hacer la vista gorda con nosotros y a intentar dejar de creer en historias de espíritus, demonios y demás seres sobrenaturales. Aunque... bien es sabido que ignorar algo no significa que esto no exista. Siempre han pensado que están encaminados a una ficticia utopía en la que velarán por su especie, pero nada más lejos de la realidad. Siguen siendo mezquinos, torpes y manipulables, con lo que continúan postulándose como la presa ideal para nosotros y, por muy ciegos que

ahora estuvieran, eso no les protegería, al contrario, nos daban más margen de maniobra.

Decidí incorporarme y tomar un largo trago de café. No bebía alcohol, ni fumaba, ni consumía las mierdas que necesitaban los humanos para sentirse por unos momentos importantes, pero sí me había convertido en un adicto a esa bebida con cafeína. Y no, no nos confundamos, no era esa sustancia la que me atraía. Podía pasar años sin beber otro tipo de bebida que la incluyera, si me lo propusiera. Sin embargo, no sé qué coño tendrá el café y, por mucho que lo pienso, sigue siendo un misterio.

Cuando retiré el vaso de mi cara, me topé con la mirada amarilla de Mau, el gato que llevaba acompañándome los dos siglos de castigo. Por aquel entonces, cuando me hallaba instalado en Venecia, encontré a un gato moribundo que había sido atacado por unos perros. No es que me caracterice por ser un alma caritativa y llena de bondad, pero acababa de adentrarme en el mundo humano —obligado, todo hay que decirlo— y, a partir de ese momento, necesitaba todos los medios posibles para detectar cualquier indicio de energía maligna o magia negra. Los gatos son criaturas con una percepción sensorial extraordinaria y son capaces de detectar espíritus, tanto inofensivos como corruptos, así que no me pareció mala idea curarlo y otorgarle la inmortalidad demoníaca. A partir de ese momento, me acompañó a todos los lados. Mau es un gato rubio, delgado y descarado. Vamos, como yo si hubiera nacido gato, o gato-demonio.

—¿Qué pasa, Mau? ¿Ves algo? —pregunté sin olvidar lo que me había dicho la vieja Eulalia. Como respuesta, Mau saltó, se colocó a mi lado, maulló con un gemido largo y quejumbroso y se marchó directo al cuenco de comida vacío—. Joder, me gasto más en ti que en mí. ¡Si te puse comida ayer...! Maldito gato.

Estaba claro que no me había traído ningún espíritu pegado. De haber sido así, Mau no habría dejado de mirarme con las pupilas dilatadas y negras clavadas en mí sin emitir ningún sonido y, lo único que hacía ahora, era pasar de mi culo, como siempre.

Cuando terminé de llenarle el plato hasta arriba de pienso para gato con complejo de reinona caprichosa —porque, aquí, al señorito no le gusta el del súper—, encendí la televisión. Muchas veces la dejaba puesta mientras trabajaba

por el mero hecho de escuchar un ruido ambiental de fondo, aunque lo que estuviesen diciendo en ese momento fueran gilipolleces. Justo cuando el aparato se encendió, estaban dando las noticias, y ¡bingo! Ahí estaba el caso de esta mañana. Según informaba la muchacha del telediario con su habitual y monótono tono de voz, los padres del niño asesinado afirmaban que el crimen lo había cometido un hombre rubio, vestido con una gabardina, y que su hijo estaba poseído. No obstante, segundos después, comentaba que la policía apuntaba a un supuesto parricidio. Xion había cumplido de nuevo con su trabajo.

Con un suspiro, lancé con rabia el mando a distancia contra el sofá. ¿Por qué no daban la cara? ¿¡Por qué!? Los espíritus débiles como aquel no alimentaban mi energía lo suficiente y, si quería regresar, o al menos hacer el intento, debía absorber la fuerza de otros demonios para demostrarle a Sainer que podía hacer frente a su impedimento. Pero, si los únicos que se dedicaban a putear a los humanos eran las malditas ánimas infectas y corruptas, a este paso, tardaría dos siglos más en regenerar todo mi poder.

Resoplé furioso, era imposible que no hubiera mortales bajo los efectos de algún demonio. Las informaciones de Xion se habían quedado obsoletas respecto al territorio español, así que decidí contactar con Nann. Esa bruja seguro que podía decirme algo y, si no, que contactara con sus malditas hermanas residentes de otros países.

Abrí la puerta de «los siete candados». Así llamaba a la puerta que custodiaba la estancia en la que guardaba mis objetos más preciados. En ella, se observaban siete candados empotrados a modo de cerradura, tres a cada lado y uno en el centro. Es típico de los portones demoníacos que cuenten con tantas llaves, puesto que, de otro modo, podría entrar cualquiera sin impedimento. Aparte de que las llaves tenían, en mi caso, siete formas distintas, en teoría, si un humano patético intentaba atravesarla, debía adivinar a cuál de ellas pertenecía cada candado, puesto que, de introducir la llave incorrecta en el lugar indebido,

sufriría una de las siete maldiciones de la puerta. Por supuesto que a mí eso no me afectaba y me bastaba con meter la central y girarla siete veces.

Una vez abierta, atravesé el umbral y vi de refilón el rabo erguido del gato pasar como una flecha. La habitación estaba a oscuras, pero, en cuanto di dos pasos, la puerta se cerró detrás de mí y los múltiples farolillos que colgaban de las paredes teñidas de un azul ciénaga se iluminaron. La estancia era rectangular, de unos treinta metros cuadrados y en ella descansaba sobre la pared izquierda un armario de gran tamaño y, a la derecha, una enorme mesa junto a unas estanterías llenas de libros. En el centro y al fondo de la sala, se sostenía colgado un espejo oval de un tamaño bastante importante. Sin esperar un segundo, me dirigí hasta él.

—¡Nann! —grité al cristal con voz potente— ¡Nann! ¡Tenemos que hablar!

Obtuve el silencio como respuesta. Mau se había subido sobre la mesa y observaba curioso la escena con un ligero movimiento de cola.

—¡Maldita bruja! ¡Preséntate!

Al momento, unos susurros seguidos de ecos y risas ininteligibles se pronunciaron a través del espejo y, segundos después, la voz clara de Nann prorrumpió en la sala.

—¿Quéquieres, Freis?

—¡Energía oscura! ¿Regresar? ¿A ti qué te parece?

—¿Y qué tengo yo que ver en tus pretensiones?

—Necesito saber si hay casos de posesiones demoníacas, diablillos sueltos aterrorizando humanos, súcubos zumbándose a pervertidos... ¡Lo que sea! ¿Sabes cuál fue mi último trabajo?

—Sorpréndeme.

—Un crío, un maldito crío poseído por un parásito. ¿Crees que una mierda de parásito puede acrecentar algo mi poder?

—Desde luego, no es un gran almacenador de energía oscura. Pero ¿quéquieres que haga yo?

—Se supone que me avisarías de avistamientos por tus contactos brujeriles en otros países... ¡Y llevas años sin darme un encargo decente! Esto ya me suena a pitorreo y conmigo no se juega... Sé que tienes línea directa con Sainer por tu condición de bruja y espero que no se estén encargando sus seguidores de impedirme reforzarme para mi regreso. ¡Estoy cansado de ser un vulgar *cazafantasmas*!

—No digas tonterías. El problema es que los humanos, aunque cada vez tienen más información y cualquiera puede encontrar y practicar rituales demoníacos, son cada vez más incrédulos y las posibles presas son tratadas como locos y encerradas.

—Eso no es excusa y lo sabes. Conoces tan bien como yo los efectos que tiene un pacto diabólico. No existen cárceles para un ser poseído por la oscuridad, solo la muerte para todos los que le rodean, así que ¡no me vengas con chorraditas!

—Tienes razón en eso, pero ¿acaso te olvidas de que, si las criaturas del averno fueran tan visibles para los hombres, acabarían informándose ellos mismos de cómo haceros frente y, con ello, promover vuestro exterminio?

Nann tenía razón con aquello. Los humanos temían a los demonios y fuerzas de lo que ellos denominaban «más allá» por el desconocimiento y, debido a ello, nuestro carácter impredecible. Si todos los días se presentara un caso endiablado, dejarían de ser leyendas urbanas o cuentos para darles miedo y pasarían a convertirse en una realidad con la que tendrían que acabar. Suspiré resignado. Era consciente de que, en muchos lugares, se estaban sucediendo contactos con demonios, pero ninguno de mis informadores era capaz de darme una pista para encontrarlos.

—Habla con tus hermanas. Encuentra algo, o, de lo contrario, a este paso no podré hacerme valer nunca para regresar.

—Bueno, pero ese no es mi problema.

Antes de poder rebatirla, oí su risa traviesa junto al silbido del viento y supe, enseguida, que se había marchado. Furioso, solté un alarido y a punto estuve de pegarle una patada al cristal y partir el espejo en cientos de añicos, pero conseguí controlarme. Salí como un huracán de la sala y casi me dejé al gato

dentro. Me tiré en la silla del despacho y, con un impulso, la conduje hasta que las puntas de mis pies tocaron la mesa para frenarme. Entonces saqué el teclado de la cajonera y me puse a buscar como loco algo que pudiera ser interesante, alguna pista que pudiera llevarme hasta alguno de mis congéneres.

«Niña poseída por el diablo en Nezahualcóyotl, México», «Sacerdote se suicida después de confesar que llevaba años bajo la influencia de un espíritu maligno en Amiens, Francia», «Cuidado con el demonio de Hamburgo», «Estudiante enajenado por rito satánico comete una matanza en Texas»...

Nada, como siempre, nada. Noticias burdas, falsas y vacías de contenido. Inventos humanos para justificar su locura y para infundir el miedo entre ellos.

—¡Su puta madre! —golpeé la mesa y fui a hacerme otro café. Aquella noche tendría que salir, otra vez, en busca de almas humanas para aumentar mi poder. No era algo que pudiese hacer con frecuencia, ya que podía ser localizado por otros como yo y, si se encontraban en un exilio forzado —como era mi caso— o se mantenían en esa dimensión para hacerse con el control de cuantas más almas mejor, el enfrentamiento sería inminente, con lo cual, no me convenía en absoluto. Sin embargo, de vez en cuando, podía permitírmelo y la escasez de magia negra me empezaba a pasar factura. Necesitaba satisfacer mis necesidades tenebrosas.

CAPÍTULO 2



Aquella noche de noviembre se presentaba fresca y rutinaria. Aún no hacía mucho frío, por lo que algunos viandantes no vestían todavía con ropa de abrigo. En mi caso, siempre solía llevar mi gabardina larga de cuero, en parte porque me gustaba y en parte porque, gracias a ella, podía guardar la pistola en la espalda sin que nadie se percata de ella.

De esta manera ataviado, encaminé mis pasos hacia la Puerta del Sol, más conocida solo como «Sol» tanto por los humanos que allí vivían como los que estaban de paso. Se trataba de un lugar bullicioso, siempre repleto de gente y que daba paso a varias calles importantes como la Gran Vía.

Una vez que llegué a la gran plaza, enfoqué la mirada en la gente que paseaba despreocupada. Eran las 23:00 de un viernes y los críos habían dado paso a parejas y grupos de amigos que salían a cenar o de fiesta. Al ser de noche, llevar gafas tintadas me habría puesto en el punto de mira de muchos, por lo que procuré, en la medida de lo posible, no cruzar la mirada con ningún humano. Uno de los aspectos más característicos de los seres sobrenaturales, tanto demonios como otros entes de cuya presencia son conscientes solo algunas personas, es que nuestros ojos poseen un brillo especial y basta, apenas, verlos durante unos minutos para que este se haga perceptible para los mortales.

Medité durante unos instantes sobre quién o quiénes serían mis próximas víctimas. Mi principal problema residía en que no podía comportarme como un demonio al uso, ya que utilizar cualquiera de mis habilidades rápidamente pondría el foco de mis congéneres sobre mi cogote. Al final, decidí atravesar la plaza en dirección a la Calle de Alcalá y entré en un Starbucks. Eran las 23:20, con lo cual, quedaban cuarenta minutos para que cerrasen, pero el empleado no disimuló su cara de disgusto al verme entrar.

—Un *espresso* para llevar —solté y cuando me clavó sus ojillos de escarabajo en los míos, acompañados de una mueca de hartazgo, en vez de desviar la mirada como solía hacer para que los humanos no se sintieran intimidados, la retuve, y pronto sentí cómo se le helaba la sangre. Seguro había percibido el brillo sobrenatural.

—S-sí, ahora mismo —tartamudeó. Si no hubiera sido porque el local tenía aún gente y el tipejo no se encontraba solo, aquel imbécil habría sido el elegido para convertirse en una carcasa sin alma.

Cuando me puso el café, pagué sin volverlo a mirar y salí de nuevo a la calle para observar el ambiente y, en la medida de lo posible, localizar a algún incauto. Cada vez hacía más frío y, aunque esto no solía ser un gran inconveniente para los humanos que buscaban divertirse, muchos optaban por meterse en diferentes locales para bailar y emborracharse. Con lo cual, me bebí el café rápido, sin importar que me quemara la garganta y me adentré en una discoteca situada en una de las calles colindantes a Sol.

No me pidieron que me identificara y ni siquiera me pusieron objeción alguna por mi atuendo. Bastaba solo una breve mirada para que los guardas de la puerta titubearan y me dejaran pasar sin rechistar. Una vez dentro del local, me adentré hasta lo que consideré el rincón más oscuro de la sala y allí, sentado en un taburete, me dispuse a observar con detenimiento quién o quiénes serían los elegidos.

Durante cuatro horas, analicé paciente la situación. Aquella espera no suponía nada para un ente que, si no era destruido, podía llegar a ser milenario. La discoteca estaba repleta de babosos en busca de su noche «triunfal» y me daban tanto asco que, de inmediato, los descartaba. También había grupos de jóvenes que se divertían sin necesidad de las sustancias mierdosas que otros ansiaban esnifarse o inyectarse en los cuartos de baños. Y sí, esos drogados agilipollados representaban la víctima ideal, puesto que lo que verían antes de morir, tanto ellos como los amigos que sobreviviesen, no podrían interpretarlo como algo real o fruto del colocón que llevaban.

A esto se le añadía las tres o cuatro chicas que se me acercaban para entablar conversación con la excusa de preguntarme cómo es que me habían permitido entrar en el local con pendientes, cuando con nadie lo hacían. Debían de pensar que sería alguien importante de aquel sitio o, quien sabe, era factible que les gustara mi aspecto físico, una apariencia que, por otra parte, me ayudó a consumir muchas almas en el pasado. De origen íncubo, durante muchísimos años, antes de ser expulsado de mi infierno, mi manera de fortalecerme era a través del sexo con humanas. Solo debían desear compañía y entregarse a los brazos de la oscuridad, junto a la llamada de un siervo maldito y iallí estaba Freis! No puedo negar mi naturaleza y he de reconocer que aquel proceder lo disfrutaba mucho. Al fin y al cabo, yo consumía almas de una manera muy placentera y sin tener que hacer grandes esfuerzos. Sin embargo, ahora todo había cambiado y sabía que, si me dejaba llevar demasiado por la lujuria, mis instintos y esencia de íncubo se expandirían, con lo que me convertiría en carne de cañón para otros demonios, como ya me ocurrió en una ocasión hacía mucho tiempo. No, no podía tener sexo de manera continuada, si acaso esporádico y con mucho control por mi parte, pero aquella no era la noche ni el momento.

Me deshice de todos —y digo todos, porque no solo intentaron entrarme chicas, sino también algún que otro chico—, ni siquiera acepté los números de teléfono que me ofrecían. Algunas me miraron indignadas, pensando en cómo con sus tetas bien puestas un tío como yo podía pasar de ellas de semejante manera. Ni invitaciones a copas, ni restregones durante el baile, ni guiños. Era un tío raro, amargado, en un rincón oscuro sin querer echar cuentas con nadie. Además, ya le había echado el ojo a un grupo de borrachos, más colocados por las pastillas de éxtasis que por el propio alcohol, y solo esperaba el momento oportuno para seguirles cuando se decidieran a salir del local.

A eso de las 5:30 de la madrugada vi que se ponían los abrigos y, tambaleándose, se dirigieron a la puerta, así que, con mucha tranquilidad, me levanté y los seguí entre la gente. Iban tan perjudicados que no se dieron cuenta de que les seguí durante todo el trayecto de aquella calle hasta Sol. No obstante, cuando llegamos, me percaté de una actitud sospechosa.

Un par de chicas con alguna copa de más se disponían a ir al metro y, a lo lejos, divisé a un grupo de cuatro hombres que se levantaron con claras

intenciones de seguirlas. En realidad, no hace falta ser muy listo para deducir lo que pretendían y, aunque me lo pensé un minuto, porque a mí lo que les ocurría a los humanos me la bufaba, decidí cambiar mi objetivo, puesto que no había nada con lo que disfrutara más que ejercer el mal sobre aquellos que se creen con derecho de hacerlo con impunidad. Así pues, yo también decidí bajar por las escaleras que daban a la estación de metro de Sol.

Curioso, pero en aquel momento no había ni un alma. Solo se escuchaban los pasos apresurados de aquellas dos muchachas y los de los hombres que las seguían. En un momento dado, aprovechando que contaba con mucha más velocidad que un humano corriente, me interpuse entre el grupo de «machos» y decidí jugar con algunos truquillos que no suponían un gran despliegue de fuerza tenebrosa, pero que sí que resultaban más que suficientes para que cualquiera se cagara en los pantalones.

Las luces se apagaron de golpe y los infelices se detuvieron en seco. Al momento, volvieron a encenderse, y me dejé ver un poco, solo un poco, pero lo justo para que me vieran de refilón. Volvió la oscuridad y entonces el grito de alerta de uno de ellos se escuchó en todo el lugar.

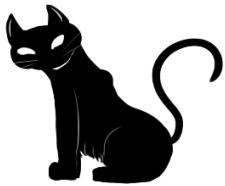
—¿¡Quién anda ahí!?

Como respuesta, de nuevo la luz y la sombra de mi figura escabullirse por una de las salidas. Los cuatro parecieron olvidarse de las chicas y se pusieron a correr en mi dirección, pero todo se apagó de nuevo y volvieron a detenerse. En ese momento, en aquella situación, pude percibir el latido acelerado de sus corazones y el jadeo del pánico presentarse en su respiración. Avancé hasta ellos, las cintas de las cámaras de seguridad ya se habrían estropeado por el exceso de energía en el ambiente, coloqué el silenciador en la pistola y, por cada disparo, parpadeó la luz. Era tan divertido ver cómo la cara se les torcía en una mueca de horror cada vez que se iluminaba el lugar y veían a uno de los suyos tirado en el suelo con la cabeza volada que no pude quitarme la sonrisa durante todo el proceso. Al final, cuando solo quedaba uno, que presa del horror no había sacado fuerzas ni siquiera para escapar, lo sujeté con la mano por la garganta y lo elevé a varios pies sobre el suelo. Los focos se iluminaron para no volver a apagarse y las

sombra emergieron por debajo de mí en forma de humo negro. Luego, clavé mis ojos azules en la pupila frenética de aquel desdichado y sentí como, rápidamente, su energía vital, su ánima, se venía conmigo y empezaba a formar parte de mí. Cuando quedó pálido como la cera de una vela y más tieso que un palo, lo dejé caer, avancé entre sus compañeros muertos y, antes de que sus espíritus pudieran escapar de mí, los atraje con mi influencia demoníaca. Así, cené aquella noche.

Nunca hay que olvidar que toda alma que abandone su cuerpo, si está en presencia de un demonio, es propensa a ser capturada y, por tanto, devorada.

CAPÍTULO 3



«Les informamos de que han sido hallados varios cuerpos mutilados por el metro en la conocida estación de Plaza del Sol, en Madrid. Al parecer, y según versiones oficiales, pertenecerían hasta a cuatro personas distintas, todos ellos hombres, por lo que se cree que puede haberse debido a un ajuste de cuentas. La estación de Sol, por el momento, se mantendrá cerrada hasta que se dé por concluida la investigación».

Me levanté a eso de las diez de la mañana. Absorber almas humanas o hacerme con el poder de mis congéneres me permitía estar tan activo como una persona cualquiera en esa dimensión. Los humanos dormían entre cuatro y ocho horas, mientras que los demonios, en nuestro estado natural, no lo necesitamos. Sin embargo, fuera de nuestros particulares infiernos, necesitábamos descansar, puesto que, fuera de ellos, la energía existente es muy diversa y abrumadora. Así, cuando un ente maligno, —o no—, dormía en exceso, significaba que, en realidad se encontraba débil y necesitaba recuperar fuerzas o poder. En mi caso, como puede comprobarse, no ocurría esto, ni permitiría que ocurriese.

Encendí la radio de la mini cadena y una sonrisa inconsciente se dibujó en mis labios. Tal y como pensaba, no habían tardado en encontrar las sobras de aquellos despojos. En un rato debería encargarme de no dejar ninguna pista, como siempre, aunque el estado de los cuerpos imposibilitaría, prácticamente, que pudieran averiguar quién fue su asesino. Caminé por el pasillo descalzo, vestido solo con un pantalón fino y ancho de un pijama de cuadros negros y azules. Cuando Mau me vio aparecer por la puerta, gruñó a modo de saludo y se restregó contra una de mis piernas, mientras metía una cápsula de café en la

máquina y me preparaba un generoso desayuno a base de dos grandes rebanadas de pan tostado, bañadas en mantequilla con dos lonchas de salmón por encima. Aquel día lo dedicaría a robar información de grandes empresas para una corporación muy importante.

Durante todo el tiempo que llevaba entre los humanos, me había tenido que ganar la vida como ellos para pasar desapercibido. Había ejercido muchos oficios en aquellos dos siglos, y, ahora, con las nuevas tecnologías, había encontrado un trabajo que no me suponía un gran esfuerzo ni tener que moverme de casa. Utilizando mis habilidades sobrenaturales, aprendí rápido todo lo necesario sobre software e internet, comprendí cómo adentrarme en la *Deep web* y a programar archivos corruptos, más conocidos como *virus*, con lo que fui capaz de inmiscuirme en cientos de ordenadores hasta llegar al de un pez gordo, jefe de una corporación dedicada al análisis de la sociedad y obtención de información personal que desenvolvía sus sucias artes espías en la oscuridad y protección que ofrece la red. Así pues, bajo el pseudónimo de «Rayo», conseguí que, a cambio de mis servicios de hacker, me pagaran una cuantiosa suma de dinero de manera periódica en diferentes cuentas, bajo distintos nombres, y, como varios gobiernos se beneficiaban de esta corporación, puesto que los datos obtenidos por la misma podían usarse para fines comerciales de las empresas de estos, hacían la vista gorda.

Además, era imposible que pudieran descubrir mi paradero por dos motivos, el primero es que solía utilizar algún programilla que borraba mis acciones en la red para después autoeliminar sin dejar rastro, y, segundo, mi magia negra me protegía y creaba un halo que hacía desaparecer cualquier información sobre mí.

Coloqué el plato con el desayuno sobre el escritorio y di un largo sorbo al café. Mientras trabajaba, en aquella ocasión, metiendo las narices en empresas de cosmética, ya que tenía que averiguar cuáles eran los productos que más interesaban para que estas bombardearan con sus ofertas a las usuarias de la red, miré el reloj y calculé más o menos el tiempo que tardaría la policía en intentar comenzar a redactar el archivo del caso de los «mutilados del metro». Supuse que, dado el escándalo que se habría producido, querrían descubrir rápido de qué

se trataba o quién era el culpable, con lo que abrí el código de una de mis pequeñas bestias virtuales, lo programé para que, durante una semana, eliminase todo lo relacionado con ciertas palabras clave y se eliminara al finalizar su cometido. Luego, me metí en el sistema de la Policía Nacional para dejar mi pequeño regalo y continué con lo que estaba haciendo.

—¿Has visto, Mau? Fácil y sencillo, como debe ser. Ya verás como, dentro de poco, dirán que fue un ajuste de cuentas o una pelea entre bandas que acabó mal. Típico de los humanos que, cuando no saben resolver algo, prefieren hacer como que nunca ha existido... ¡Ja!

Me tiré toda la mañana buscando información de potingues para la cara, pintalabios y sombras de ojos. No es que fuera el trabajo más divertido, pero, con lo que ganaba, quejarse sería por vicio. Cuando dieron las dos, aburrido de tanta crema anti-edad, abrí una lata de comida húmeda para gatos y, una vez que rellené el plato de Mau, decidí comer en un McDonald's cercano.

Una vez que tenía en mi bandeja la hamburguesa más grande, con las patatas más grandes y la bebida XXL, me senté en un rincón del establecimiento a degustar mi grasosa comida. Comí en silencio, sin mirar a ningún lugar en concreto, aunque pendiente de la conversación de quienes me rodeaban. El tema indiscutible del día era la aparición de aquellos cadáveres en el metro. Es increíble lo que puede dar de sí la imaginación humana. Unas chicas, que debían de ser universitarias por las mochilas y el taco de apuntes en carpetas que tenían en la mesa, teorizaban sobre que fuera el resultado de una pelea entre bandas. Una panda de chicos temía y alucinaba con que fuera el primer crimen de un asesino en serie y unas mujeres cuarentonas y estiradas estaban seguras de que aquello era fruto de tener a tanto extranjero «suelto». En una ocasión, un niño que jugaba con el juguete que le había tocado con la hamburguesa tiró de la manga del jersey de su padre y preguntó:

—Papá, ¿qué ha pasado?

—Nada, hijo. Una persona mala que ha hecho cosas malas, pero la atrapará la policía.

—¿Y si fue un monstruo?

Entonces sonreí. No era un monstruo, pero parecido. Cuando devoré lo que me quedaba de las patatas, fui otra vez al mostrador a pedir lo mismo y, aunque la chica con la cara llena de granos que atendía me miró raro, al poco, volvía a estar sentado en el mismo sitio, comiendo como si mi estómago tuviera un agujero enorme que no me permitía saciarme.

Fue cuando estaba dando un sonoro sorbo al refresco cuando sentí que el móvil me vibraba. Tenía pocos contactos y los menos eran humanos, aunque su presencia en mi agenda telefónica se justificaba porque, de un modo u otro, me resultaban de utilidad. Saqué el teléfono del bolsillo del pantalón en un gesto instintivo y vi en la pantalla el nombre de Xion. «¿Qué querrá este ahora?», pensé.

—¿Qué?

—Freis, ¿se puede saber dónde cojones estás y qué haces?

—Ehm... En un McDonald's, repitiendo una triple con queso. ¿A qué viene tanta agitación?

—Nann ha intentado contactar contigo, pero no has respondido.

—Normal, no estoy en casa... ¿Qué quiere la bruja?

—Cree que ha encontrado un caso —afirmó con un tono de voz muy serio y, sin poder evitarlo, escupí el refresco, lo que causó que algunos curiosos dirigieran su mirada hacia mí—. Es importante que hables con ella para que te dé todos los detalles.

—¿Estás seguro de que se trata de uno de los buenos? Mira que, como sea otro... —Bajé la voz para que los cotillas no escucharán— niño tonto poseído, los que os llevaréis un tiro seréis tú y la otra, ¿entendido?

—Por lo que me ha contado, no tiene pinta de tratarse de un espíritu enfurruñado. Hablamos luego.

—Espera, ¿de qué...? ¡Puto Xion! ¡Me ha colgado!

Salí deprisa del establecimiento y me dirigí a casa. Una vez en el portal, subí las escaleras de dos en dos a gran velocidad y, sin darle tiempo a Eulalia a que me asaltara, llegué a mi ático y cerré la puerta tras de mí. Luego, sin saludar siquiera a Mau, fui a mi sala especial para hablarle al dichoso espejo.

Una vez dentro, sin Mau, que se habría dado de bruces contra el portón, llamé a Nann, quien, en esta ocasión, no tardó en responder.

—Freis, ¿dónde estabas? —preguntó con su característico tono de campana de cristal.

—Otra... Comiendo, no me extenderé. ¿Qué ocurre? ¿Es cierto que tienes algo interesante?

—Según me he podido informar, están apareciendo cadáveres con apariencia inusual en la región oeste de Escocia, a lo largo del Lago Lomond. La policía de allí se encuentra desconcertada porque nunca habían visto nada similar.

—¿Qué tipo de apariencia inusual?

—Te mandaré la información a tu correo electrónico. Allí pondrá todo lo que necesitas saber.

—¡Argh! ¿Y tantas prisas para, luego, mandármelo al puto mail?

—Vas a trabajar con un humano en este caso.

—¿¡Cómo!? —Aquella sala estaba insonorizada, pero, si no hubiera sido así, me habría escuchado todo el edificio. Estaba indignado. ¡Trabajaba solo! ¿Por qué metían por el medio a un torpe humano?

—Lo que has oído. Se trata de un estudioso en demonología, quien, por cierto, ha sido él el que nos ha contactado, y junto a él te puede resultar más fácil encontrar lo que buscas. Además, es escocés y te ayudará a moverte por la zona.

—Todo eso puedo hacerlo yo solo, no le encuentro sentido a tener que compartir *mis* problemas con un tonto mortal.

—Si quieres hacerte con el poder de otros demonios para regresar, tienes que pasar desapercibido para poder atacar por sorpresa. Y, para ello, no te queda

más remedio que relacionarte con los humanos. Te guste o no. Te enviaré la información y ya hablarás tú para organizarte. No tardes mucho, porque cuanto más tiempo se...

—...tarde en enfrentarse con un ente maligno, más posibilidades hay de que esté a punto de lograr sus objetivos. Bla, bla, bla... ¿Crees que no lo sé? No me des sermones. Veré tu maldito correo y procederé como vea.

Nann no volvió a contestar. La comunicación se había terminado, así que salí de la sala bajo la mirada irritada de Mau, con quien me disculpé alzando una mano y me senté de golpe en la silla del escritorio a esperar ansioso lo que la bruja iba a enviarme.

Había pasado la tarde entera y no había recibido correo alguno de Nann. Me había echado en el sillón para tomar una siesta en vista de que a la hora no me había llegado nada y ya estaba acordándome de los muertos de esa bruja mientras me quitaba las legañas cuando, de pronto, el sonido inconfundible del correo me despertó por completo. Entonces, como una bala, me lancé al ordenador, actualicé la página del mail y allí estaba: un mensaje sin remitente ni nombre alguno.

—¡Esto se pone interesante, Mau! —celebré frotándose las manos y cliqué en el ícono del sobre. Al momento, ante mí se abrió una nueva pantalla repleta de información, aunque mis ojos en donde se detuvieron fue en las fotos que venían adjuntadas.

Con un solo vistazo, supe que, esta vez, me encontraba ante las acciones de uno de los míos.

¡Lee el libro completo en este enlace de amazon!

Seguir leyendo